

Fue tan grande el enojo que Roseleta recibió con este último papel, que sin mirar riesgos, ni temer peligros, con una crueldad de basilisco tomando este, y los demás que tenía guardados, se fue a su marido, y poniendocelos todos en las manos, le dixo: Para que veais el amigo que teneis, y de quien os fiais, y traeis a vuestra casa. Vuestro amigo Don Juan, trata de quitaros la honra, y solicitando con las muestras que en él aveis visto, vuestra muger; y advertid, que la Angeliana, por quien publica desvelos, soy yo, y a mi es a quien dirige todas sus palabras, y versos; que si le dixes el otro día lo que delante de vos pasó, fue por reñirle sus atrevimientos; y ni esto, ni amenazarle que os lo diria me ha servido de nada, pues se ha atrevido a escribirme tan descaradamente como en ella vereis. Ahora ved que remedio se ha de poner, porque yo no hallo otro, sino quitarle la vida; yo he cumplido con lo que me toca, ahora cumplid con lo que os conviene a vos.

En el discurso deste desengaño vereis, señores, como a las que nacieron desgraciadas, nada le quita de que no lo sean, hasta el fin; pues si Camila murió por no aver notificado a su esposo las pretensiones de Don Juan, Roseleta, por avisar al suyo de los atrevimientos, y desvelos de su amante, no está fuera de padecer lo mismo; porque en la estimación de los hombres, el mismo lugar tiene la que habla, como

la que calla. Dios nos libré, si dan en desacreditarnos, que por una medida pasan todas. Como quedaria Don Pedro oyendo a Roseleta, no ay lengua que lo diga; juzguelo el que lo oye, pues sobre el agravio, se le ofrecia ser su mayor amigo quien se le hazia: leyó los papeles, y bolviolos a repassar; ya la colera no le dava lugar a aguardar tiempo para su venganza, y ya el amor que a Don Juan tenia le atajava el tomarla; mas al fin ya resuelto a que tal agravio no quedasse sin castigo, se resolvió a darle de modo, que no se supiesse por la Ciudad, porque no quedasse su honor en opiniones; y así le mandó a Roseleta, que respondiesse a Don Juan un papel muy tierno, disculpandose de su ingratitud, y dándole a entender que estava arrepentida del desden que hasta allí le avia mostrado; y que para darle mas segururas satisfacciones, le aguardava otro día en la noche en su quinta, que el muy bien sabia, porque su marido iba otro día fuera de Palermo a un negocio donde avia de estar dos días; y que no entrasse por la puerta de la Quinta, sino por un portillo que estava en la huerta, por excusar que no le viesse los labradores que en la Quinta avia, que en la misma huerta le aguardava sola con aquella criada, que era testigo de sus pesamiētos. Finalmēte el papel le notó D. Pedro, y le escribió Roseleta. Llevóle la criada, ignorando que era ordenado por su Señor, sino creyendo que Roseleta, ya vencida de D.

Don Iuan, le respondia : recibì el papel el enamorado moço, haziendo, y diziendo mil locuras de gozo, satisfaciendo a la mensagera su cuydado, y embiàdo a dezir a su señora, que seria obedecida, la despidio. O ceguedad de amante, que no advirtiò el peligro, ni admirò la liviandad de Roseleta, al primer favor, sobre tanta crueldad, darle lugar para hablarla, antes alabando su dicha, y dando gracias al amor; porque tras tantas penas le avia dado tal gloria! Llegò la mañana del aplaçado dia, y Don Pedro con dos criados: apercibido su camino, se partiò, hallandose D. Iuan presente, que de falso se ofreciò a ir con él, mas Don Pedro no aceptando, saliò de Palermo por diferente puerta de la que iba a la Quinta, y luego torciendo el camino, él, y sus criados, se ocultarõ en ella, como la Quinta no estava mas de tres millas de la Ciudad, que es vna legua Espaõola. En acabando de comer Roseleta, se entrò en su coche non la criada, tercera de los amores. A vista del mismo Don Iuan, que no se descuydava, partiò camino de la Quinta, y entreteniendose por el campo, hasta que fue de noche, diò la buelta por otra parte, y se bolviò a su casa, admirada la criada de lo que veia. Poco antes de anochecer subì Don Iuan en vn cavallo, y solo caminò àzia la Quinta, con tanto contento de ir a verse con no mas que la hermosa Roseleta, que no llevaba pensamiento de azar ninguno, y al

salir de la Ciudad tocaron al Ave-Maria, que oyendolo Don Iuan, aunque divertido en sus amorosos cuydados, pudo mas la devociòn: y parando adonde oyò la campana, se puso a rezar, pidiendo a la Virgen Maria nuestra Purissima Señora, que no mirando la ofensa que iba a hazerle, le librasse de peligro, y le alcançasse perdon de su precioso Hijo; y acabada su devota Oracion siguiò su camino.

Vase en toda la Italia a justiciar los delinquentes en la misma parte que cometen el delito: y aquel mismo dia avian vna milla de la Ciudad, ahorcado tres hombres, y a vn lado del camino por donde Don Iuan iba, porque avian alli muerto vnos caminantes por robarlos; y como por allà, y aun en muchas partes de España, los dexan en la horca, estos tres que digo se estavan en ella: al llegar Don Iuan casi enfrente del funesto madero, oyò vna voz que dixo: Don Iuan, que como se oyò nombrar, mirò a todas partes, y no viendo persona ninguna porque aunque ya avia cerrado la noche, hazia Luna, aunque algo turbia: passò adelante, pareciendole que se avia engañado, y a pocos mas passos oyò otra vez la misma voz, que bolviò a dezir: Don Iuan. Bolviò espantado a todas partes, y no viendo persona ninguna, santiguandose, bolviò a seguir su camino: y llegado ya enfrente de la horca, oyò tercera vez la misma voz que le dixo: Ha Don Iuan. A este vltimo acento, è ya

casi enfadado de la burla que hazian del, se llevo a la horca, y viniendo los tres hombres en ella, con animo increíble, les dixo: Llamame alguno de vosotros? Si Don Iuan, respondió el que parecia mas moço; yo te llamo. Pues que es lo que me quieres, le respondió Don Iuan; quieres que te haga algún bien, o que te haga dezir algunas Missas? No, respondió el hombre, que por ora no las he menester: Para lo que te llamo, es, para q̄ me quites de aqui. Pues estás vivo? Dixo D. Iuan: Pues, sino lo estuviera, replicò el hombre, que necesidad tenia de pedirte, que me quitasses? Quando te ahorcaron? Dixo Don Iuan, Oy, replicò el hombre. Pues como has podido vivir hasta aora! Ay para Dios imposible? Que lo sea, quando quiere librar vna vida, y avn enterrado lo puede hazer, como sea su voluntad? Pues como harèmos, dixo Don Iuan, que no ay con que subir allà arriba, y si corto la foga podràs caer, y hazerte daño? Buelve las ancas al Cavallo, y como con la espada cortes la foga, yo me quedarè despues de pies en èl: Hizolo así el admirado Cavallero, como cortò la foga, se quedò el hombre sentado en las ancas del Cavallo. Hecho esto bolvieron a su camino, pareciendole a Don Iuan siglos lo que se avja detenido: tanto desseo tenia de llegar donde esparava gozar toda su gloria en los brazos de Roseleta: è yendo por èl, le dixo: Dime aora, como ha sido esto, que aviendote ahorcado estès vi-

vo? Yo estava inocente del delito que me levantaron, confesè, de miedo del tormento, y así fue Dios servido de guardarme la vida. La cosa mas rara, y milagrosa que se ha visto es esta. Si es, dixo el hombre; mas yà ha sucedido en otros, como se vè en el milagro de Santo Domingo de la Calçada en España, que hasta oy se guardan las memorias en el gallo, y la gallina que refucitaron para credito, de que el moço que avian ahorcado quinze dias avia, estava vivo; que Dios como Padre de Misericordias, acude con ellas a quien le ha menester, como ha hecho a mi, y aun a ti, pues quiso traerte por esta parte a tiempo que me pudieses socorrer, y fuesse la mano por donde se cumpliesse la voluntad divina: Bendito sea, dixo D. Iuan, que lo ordenò así, que quando no fuera mi venida para el gusto que espero gozar della, por averte socorrido a tal tiempo, la doy, y por bien empleada; y te prometo, como Cavallero, no defampararte mientras viviere, porque la necesidad no te obligue a hazer por donde te veas otra vez en tan desventurado lugar, como te has visto. Yo te beso, señor, la mano dixo el hombre, y doy gracias al Cielo, que te encaminò por esta parte. Al fin, tratando en esto, y en otras cosas descubrieron la Quinta que estava en medio de vna deleytosa arboleda, por averen aquella tierra muy hermosos jardines, y la Quinta le tenia de los mejores de quantas

por a aquel prado avia; y al tiro de arco della, dixo D. Iuan al hombre, baxádose del cavallo, y el de la misma fuente: Quédate aqui con este cavallo, y aguardame, que yo voy a vn negocio preciso, que es el que me facò esta noche de mi casa, que presto darè la buelta, para q̄ nos bolvamos a la Ciudad; è te avisarè de lo que has de hazer. No, D. Iuan, replicò el hombre, no andes acertado en esto q̄ me mandes, que en este negocio a que vàs, que importa tãto, yo lo tégò de hazer, y tu eres el que te has de quedar aqui cò el cavallo. Ríose D. Iuan de volúdad, y respondióle: pues sabes tu lo que yo vengo a hazer, ò como la puedes tu suplir la falta q̄ yo harè? Esta es la gnacia, respondió, que sè a lo que vienes, y he de hazer lo que tú vienes a hazer. Acaba, di, D. Iuan, que estàs porfiado en vano, y perdemos tiempo. Ya yo lo veo, dixo el ahorcado, que perdemos, no solo tiempo, mas palabras, y tu eres el porfiado; toma el cavallo, q̄ esto ha de ser; que yo he de ir, tu te has de quedar. Cansado eres, y a saber esto no te huviera traído conmigo, que si supieses los ratos de gusto que me quitas en detenerme, no me pagarias descortès el beneficio q̄ esta noche te he hecho. No sabes bien como te lo pago, dixo el hõbre, y los gustos que te estorvo, y para que no nos cansemos, que quieras, que no quieras he de ir yo donde tu vàs, y mas que no has de quedar aqui donde estamos, q̄ el cavallo lo has de atar a aquel arbol q̄ està alli desviado, y tu te has de

subir en otro apartado del, que no puedas ser visto; y tèn atencion a lo que vieres, y oyeres, entonces conoceràs a qual de los dos importa mas el ir tu, ò yo. Embelesado estava D. Iuan oyendole, con mil affustadas palpitaciones que el coraçò le dava; que le hazia temblar todo el cuerpo, sin poder aquietarle, aunque se aprovechava de todo su valor, y animò, pareciendole todos prodigios los que veia, y sin replicar mas tomò su cavallo, y atandole al arbol que el hombre le avia señalado, se subió en otro no muy lexos del, aguardando a vér en que parava la porfia de aquel hõbre, el qual en viendole püesto en parte segura, caminò a la Quinta; y de lo que mas se maravillò Don Iuan, fue de vér q̄ no encaminò a la puerta, antes dando buelta por junto a las tapias, se fue a vn portillo que en la huerta avia, que era por donde èl estava avisado: que avia de entrar, porque no fuesse visto de la gente que en la Quinta avia, acordandose muy bien, q̄ èl no le avia dicho por la parte que avia de entrar. Llegò el ahorcado al portillo, y apenas saltò por èl, que era, como de algo menos que vn estado de hombre, quando Don Pedro, y sus criados que estavan en centinela, pareciendoles ser Don Iuan, a vna disparando las pistolas, le derribarò en tierra, y luego que le vieron tendido, fueron sobre èl, y dandole muchas puñaladas, le cogieron, y echaron en vn poço, echando sobre èl cantidad de piedras que tenían a-

percibidas: Sin sentido quedò Don Iuan, oyendo desde el sitio en que estava el ruido de las bocas de fuego, sin poder imaginar que fuesse, y no hazia sino santiguarle; y mas le creciò el admiracion quando de alli a vn quarto de hora viò abrir las puèrtas de la Quinta, y salir por ella tres hombres a cavallo, que como llegaron a emparejar con el de D. Iuan, y los sintiò, relinchò; a lo que vno de los tres dixo: El cavallo del señor, no subirà mas en èl, y pareciòle en la voz, y en el talle a su amigo Don Pedro. Valgame el Cielo (que es esto dezia el espantado Cavallero) que es lo que me ha sucedido, y sucede? Don Pedro, y sus criados en la Quinta? No dexarme ir aquel hombre que quitè de la horca? Oir ruido de pistolas? Dezir Don Pedro, que no subirè mas en el cavallo, no sè que sienta; y diziendo esto, como los perdiò de vista, y que avian tomado el camino de la Ciudad, se baxò del árbol, y queriendo ir àzia la Quinta, llegò el hombre todo bañado en sangre, y mojado, dando con su venida a Don Iuan nuevas admiraciones, que le dixo: Pidote, por Dios, que me desates de tantas dudas y saques del cuydado en que estoy con las cosas que esta noche me han sucedido; que, ò pienso que sueño, ò que estoy encantado. No sueñas, ni estàs encantado, respondió èl, que tengo de dezir: No viste a Don Pedro, tu amigo, y a sus criados? No oiste lo q̄ dixeron? Pues tan ignorante eres, que

no sacas de esso lo que puede ser? Vesme como vengo: Pues todas estas heridas me han dado, creyendo ser tu, y luego me echaron en vn poço, y muchas piedras sobre mi, y aun pienso que Don Pedro no quedò vengado de tu traicion, y falsa amistad, de que Roseleta, su muger le diò cuenta, poniendole en la mano tus papeles, y por ordè suya te escriviò ella, para que viniendo aqui su marido, te diese el castigo que merecen tus atrevimientos; y mira lo que los Christianos pecadores devemos a la Virgen Maria, Madre de Dios, y Señora nuestra, que con venir, como venias, a ofender a su precioso Hijo, y a ella, se obligò de aquella Ave Maria que le rezaste, quando saliendo de la Ciudad tocaron a la Oracion, y de vna Missa que todos los Sabados le hazes dezir en tu Cappilla donde tienes tu entierro, y el de tus padres, y le pidiò a su precioso Hijo te librasse deste peligro q̄ tu mismo ibas a buscar, y su divina Magestad por su voluntad (quiza para que siendo este caso tan prodigioso, y de admiracion, tu, y los demàs que lo supieran sean con mas de veras devotos de su Madre) me mandò viniessè de la manera que has visto, para que tomando a los ojos de Don Pedro, y sus criados tu forma, lleven creido que te dexan muerto, y sepultado en aquel poço, y tu tégas lugar de arrepentirte, y enmendarte: Y a te he librado, y dicho lo que tan admirado te tiene: quedate con Dios, y

mira lo que hazes, y que tienes al-
 ma, y que esta noche has estado
 cerca de perderla con la vida; y que
 me voy a donde estava, quando
 Dios me mandò que viniera a li-
 brarte, que yo muerto estoy, que
 no vivo, y acuerdate de mi para ha-
 zermè algun bien; y diziendo esto,
 dexando a Don Iuan mas confu-
 so, y assombrado que hasta alli, se
 le desapareciò de delante; que es lo
 cierto, que a no valerse de todo su
 animo, cayera alli sin sentido, mas
 haziendose mil vezes la Cruz en
 su frente, y dando muchas gracias
 a Dios, y a su bendita Madre, desatò
 su cavallo, y subiendo en èl, tomò
 el camino de la Ciudad, con
 nuevos pensamientos, bien dife-
 rentes de los que hasta alli avia te-
 nido, que como llegò enfrente de
 la horca, mirò àzia allà, y viò en
 ella los tres hombres, como antes
 estavam: Entrò en la Ciudad, en-
 comendandolos a Dios, y llegando
 a su casa se acostò, sin hablar a nin-
 guno de sus criados, que estavam
 admirados de su tardança, por ser
 ya passada de media noche, la qual
 passò hasta que fue de dia con mu-
 cha inquietud, que como viò la luz
 se vistìò, y se fue a casa de su ami-
 go Don Pedro, que estava durmien-
 do con su muger, contento de aver-
 se vengado, y de modo que na-
 die sabia que se avia hecho Don
 Iuan, que como entrò en la calle, y
 los criados de Don Pedro, que se
 avian hallado a su muerte, le vies-
 sen, mas admirados que Don Iuan
 avia estado la noche antes, fueron

a D. Pedro, y despertandole, le di-
 xeron; Señor, la mayor maravilla
 que ha sucedido en el mundo. Y
 que es, replicò Don Pedro? Que
 Don Iuan esta vivo, y viene acá, res-
 pondieron ellos. Estais en vuestro
 juizio, dixo Don Pedro, ò le aveis
 perdido? Como puede Don Iuan
 vivir, ni està vivo? Pues quando
 no muriera de las heridas que le
 dimos, era imposible salir del po-
 zo con las piedras que le echamos
 encima? En mi juizio estoy, que no
 le he perdido; y digo, que viene fa-
 no, y bueno, dixo el vno dellos,
 y vesle sube por la escalera; y vive
 Dios, dixo el otro, que està ya en
 la antefala, que no las tengo todas
 conmigo, ¿estè vivo, ò muerto.
 Quando esto se acabò de dezir,
 ya D. Iuan estava en la quadra, dex-
 andolos a todos, como los que
 han visto visiones, y mas a Don Pe-
 dro, que no podia creer, sino que
 era cuerpo fantastico; pues entran-
 do Don Iuan, se echò a los pies de
 D. Pedro, pidiendole perdon de los
 agravios, que no avia cometido,
 aunque los avia intentado, y a Ro-
 seleta de sus atrevidas, y locas pre-
 tensiones, contando, sin que faltas-
 se nada de lo que le avia pasado,
 dexando a todos tan confusos, que
 apenas acertavan a responderle, y
 hecho esto, despidiendose de to-
 dos, haziendo primero quitar los
 cuerpos de los ahorcados de la hor-
 ca, y haziendoles vn honroso en-
 tierro, mandandoles dezir muchas
 Missas, se fue a vn Convento de
 Religiosos Carmelitas Descalços,

y se entrò Frayle, tomando el Habito de aquella Puríssima Señora, que le avia librado de tan manifiesto peligro.

Bien pensareis, señores, que estos prodigiosos sucesos, serian causa para que Don Pedro estimasse, y quisiesse mas a su esposa, conociendo quan honesta, y hórada era, pues no solo avia defendido su honor de las persuaciones de Don Iuan, sino avisadole dellas, para que pudiesse remedio, y se vengasse: pues no fue así, que con los crueles, y endurecidos coraçones de los hombres, no valen, ni las buenas obras, ni las malas, que de la misma suerte, como no sea a su gusto, estiman lo vno, que lo otro, pues en ellos no es durable la voluntad, y por esto se cansan, hasta de las propias mugeres, que sino las arrojan de sí, como las que no son, no es porque las aman, sino por su opinion. Así le sucedió a Don Pedro, que, ò fuesse que se cansò de la belleza de Roseleta (por tenerla por plato ordinario, y quisiera mudar, y ver diferente cara) ò por hallarse corrido de lo que le avia sucedido con Don Iuan, viendo que se avia divulgado por la Ciudad, que no se hablaba en otra cosa; y como el vulgo es novelero, y no todos bien entendidos, cada vno dava su parecer; vnos si Don Pedro avia fatishecho su honor con lo que avia hecho; pues aunque se suponía no aver tenido efecto la culpa para el honor del casado, solo el amago basta, sin que de el golpe: otros poniendolo en

la honestidad de Roseleta, diciendo: si avia sido, ò no, juzgando si la movió diferentes accidentes, que la honestidad a avisar a su marido de las pretensiones de Don Iuan, y a esto anteponian el entrar tan de ordinario en su casa: otros dezian que avia andado atrevida en dar parte a su marido de estas cosas, pudiendo ella atajarlas; otros, q̄ no cumplia con la ley de honrada, sino lo hiziera; de manera, que en todas partes se hallava, y avia corrillos sobre el caso, señalando a Don Pedro con el dedo. Este, dezian, es el que tornò a matar el ahorcado: otros respondian, buen lance echò; bien desagraviado quedò. Todo esto traia a Don Pedro avergonçado, y con tal descontento, que sin mirar como el Cielo avia sido autor de la defensa de Don Iuan, y que èl estava ya puesto al amparo de la misma que se le avia dado, para q̄ èl no executasse su vengança, se lo vino a pagar todo su inocente esposa, aborreciendola de modo, que ante sus ojos era va monstruo, y vna bestia fiera; opusose a la hermosa, y desdichada dama, para que lo fuesse de todo punto, si ya no bastava verse aborrecida de su esposo. Angeliana, aquella dama que al principio dixè que Don Iuan amava, quando se enamorò de Roseleta, y que la avia gozado con palabra de esposo, que como supo el suceso, rabiosa de aver perdido a Don Iuan por causa de Roseleta, se quiso vengar de entrambos: De la dama, quitandole su marido, y de Don Iuan,

agraviándole con su amigo. Era libre, y avia errado, causa para que algunas se den mas a la libertad; que esto avian de mirar los hombres quando desafossiegan las donzellas, que va sobre ellos el enseñarlas a ser malas: Poníase en las partes mas ocasionadas, para que Don Pedro la viesse; y aunque no era tan hermosa como Roseleta, los ademanes libres, con otras señas que con lascivos ojos le hazia, como ya él aborrecia a su esposa, le atrayeron de fuerte, que vino a conseguir su intento, de modo que Don Pedro se enamorò della entrando en su casa, no como recatado amante, sino con mas libertad que si fuera su marido; porque como amor nuevo le asistia mas, faltando en su casa, no solo el regalo, y agasajo de su esposa, sino tambien al sustento de su familia, no bastándole su hacienda, y la de su muger, para que Angeliana destruyesse; que siempre para las cosas del diablo sobra, y para los de Dios falta. Vino a ser tan publica esta amistad, que la Ciudad la mormurava, y Roseleta no la ignorava, por donde impaciente se quexava, viniendo a tener entre ella, y Don Pedro los disgustos acostumbrados, que sobre tales casos ay entre casados; y por esto, y ver que se disminuia su hacienda, no gozando ella della, se determinò escribir vn papel a Angeliana, amenazandola, sino se apartava de la amistad de su marido, la haria quitar la vida. Este papel diò Angeliana a Don Pedro,

con grandes sentimientos, y lagrimas, y para dañar lo mas le dixo; que ella sabia por cierto, que Don Iuan avia gozado a Roseleta; que el dalle los papeles, y cuenta de las pretensiones que tenia, fue zelosa por vengarse del, porque se queria casar con ella, y que aquellos papeles eran de los primeros que D. Iuan le avia escrito, que los que despues se escribían el vno al otro llenos de amores, y caricias como ella avia visto algunos, por averse los quitado a Don Iuan, que de estos no le avia dado parte. Finalmente la traydora Angeliana lo dispuso de modo, pidiéndole la vengasse de los atrevimientos de su esposa, y de aver sido causa, de que ella no lo fuesse de Don Iuan; que Don Pedro dándole credito, se lo prometió, y para executar lo, porque no le diesen a él, ni a Angeliana la culpa, se concertaron los dos en lo que avian de hazer, y fue; que Don Pedro se retirò de industria, de no ir en casa de su dama, y asistir con mas puntualidad, y cuidado a la fuya, y al regalo de Roseleta; con que la pobre señora, sosegados sus zelos empeçò a tener mas gusto que hasta allí avia tenido, viendo que su marido se avia quietado, y quitado de la ocasion de Angeliana. Mas de dos meses aguardò el falso Don Pedro la ocasion que deseava, no viendo a su dama sino con gran cautela, y recato. En este tiempo Roseleta cayò mala de achaque de vn mal, ò aprieto de garganta; de que fue necesario sangrar-

la, como se hizo, y essa misma noche el ingrato, y cruel marido, despues de recogida la familia, viendo que Roseleta dormia, le quitò la venda de la sangria, y la destapò la vena por donde se desangrò, hasta que rindiò la hermosa vida a la fiera, y rigurosa muerte, y como viò que yà avia executado el golpe, que estava muerta, dando grandes voces, llamando criados, y criadas que traxessen luz: alborotò la casa, y vezindad, y entrando con su luz, que èl de proposito avia muerto quando hizo el buen hecho, hallaron la hermosa dama muerta, que como se avia desangrado, estava la mas bella cosa, que los ojos humanos avian visto. Lloravala toda su familia; y tambien la Ciudad lamentava tal desgracia, ayudando a todos el cruel Don Pedro, que dando gritos, y llorando lagrimas falsas, hazia, y dezia tales extremos, que en muchos acreditava sentimientos, mas en otros cautela. Adonde te has ido, dezia, amada esposa mia? como has dexado el triste cuerpo de tu Don Pedro, sin alma? presto seguirà tras ti, la deste despreciado hombre! ay angel mio! como vivirè sin ti? quien alegrarà mis ojos, faltandoles la hermosura de mi, querida, y amada Roseleta? Arrojavase sobre ella, besavale las manos, no queria que nadie le consolasse, que èl se estava consolado. Enterraron a Roseleta con general sentimiento de todos, y essa misma noche vino Angeliana a consolar a Don Pe-

dro, y hizolo tambien, que se quedó en casa, porque no se bolviessè a desconsolar, con que empezaron todos a conocer que èl la avia muerto, mas como no se podia averiguar, parò solo en mormurar-lo, y mas quando dentro de tres meses se casò con Angeliana, con quien viviò en paz, aunque no seguros del castigo de Dios, que si no se les diò en esta vida, no les reservaria dèl en la otra. Buscò Don Pedro a Don Juan yà professo, para matarle, mas no lo permitiò Dios, q̄ la que le avia guardado vna vez, le guardò siempre, porque con licencia de sus mayores se passò a mas estrecha vida, donde acabò en paz.

Vean aora las damas destes tiempos si con el exemplo de las de los passados se hallan con animo para fiarse de los hombres, aunque sean maridos, y no desengañarse, de que el que mas dize amarlas, las aborrece; y el que mas las alaba, mas las vende; y el que mas muestra estimarlas, mas las desprecia; y que el que mas perdido se muestra por ellas, al fin las dà muerte, y que para con las mugeres todos son vnos; y esto se vè, en que si es honrada, es aborrecida, porque lo es; y si es libre, canfa: si es honesta, es melindrosa: si atrevida, deshonestata: ni las agradan sus trages, ni sus costumbres, como se vè en Roseleta, y Camila, que ninguna acertò; ni la vna callando, ni la otra hablando: Pues señoras desengañemonos, bolvamos por nuestra o-

pinion ; mueran los hombres en nuestras memorias, pues mas obligadas que a ellos , estamos a nosotros mismas.

Con mucho desenfado , desahogo , y donayre diò fin la hermosa Nise su desengaño , dando a las damas con su bien entendido documento , que temer , y advertir lo que era justo que todas miren. Libre vivia Nise de amor, que aunque era hermosa, y deseada de muchos para merecerla por esposa , jamás avia rendido a ninguno su libre voluntad , y por esso con menos embaraço que Lisarda avia hablado , y como vieron que ya avia dado fin , empezaron las damas, y Cavalleros a dàr sus pareceres sobre el desengaño dicho , alegando si Don Pedro fue facil en creer lo que Angeliana le dixo , contra el decoro de su esposa , pues devia conocer , que siendo su amiga , y estando rabiosa del papel que avia recibido , lo cierto es que no podia hablar bièn della ; los Cavalleros le disculpavan , alegando que vn marido no està obligado, si quiere ser honrado , a averiguar nada ; pues quando con los cuerdos quedasse sin culpa , los ignorantes no le disculparian; y quando quisiera disimular , por ser caso secreto , lo que Angeliana le dezia le bastava pensar que ella lo sabia, y mas afirmando aver visto papeles diferentes de dos que a èl le avian dado ; y quando estuviera muy cierto de la inocencia de Roseleta , yà parecia que Angeliana

la ponía , aunque mintiese , dexava escurecido su honor. Las damas dezian lo contrario, afirmando , que no por la honra la avia muerto; pues que mas deshonorado , y escurecido queria ver su honor, que con averse casado con muger ajada de D. Iuan, y despues gozada del, sino que por quedar desembaraçado para casarse con la culpada , avia muerto la sin culpa; que lo que mas se ponian admirar era , de que huviesse Dios librado a Don Iuan por tan cauteloso modo , y permitido que padeciesse Roseleta: A lo qual Lisis respondiò, que esso no avia que sentir, mas de que a Dios no se le puede preguntar , porque haze estos milagros , supuesto que sus secretos son incomprehenribles ; y assi a vnos libra, y a otros dexa padecer, que a ella le parecia , con el corto caudal de su ingenio, que a Roseleta le avia dado Dios el Cielo padeciendo aquel martirio , porque la deviò de hallar en tiempo de merecerle , y que a Don Iuan le guardò, hasta que le mereciesse con la penitencia , y que tuviesse mas la a vida , y tantos desengaños para enmendarla, con que sugetando se todos a su parecer , dieron lugar a la linda Doña Isabel , y a los demas musicos que estavan aguardando silencio , para que cantassen este Romance.

A pesar de la fortuna,
que su vista me quitò,
sin ser Aurora en mis braços
ayer Febo amaneciò.

Vertiendo rifa en las flores
con su divino esplendor,
dando perlas à las fuentes,
lustre, ser, y admiracion.

Quien viò entre zelajes rojos
salir governando el Sol
los flamigeros cavallos,
que descompuso Faeton.

Quien viò decretar à Iove
el castigo que se diò,
al moço mal entendido,
que por sobervio cayò.

Y quien viò al sabio Mercurio
adormecer al pastor
que velava con cien ojos
à la desdichada Iio.

Quien viò sujetando a Marte
con su estremado valor
las belicosas esquadras,
de quien es dueño, y señor.

Quien le viò rendir à Venus
la sobervia condicion;

animoso entre soldados,
tierno tratando de amor.

Quien viò conquistado al mundo
aquel Magno Emperador,
que alcançò en el, tanto monta,
glorias, titulo, y blason.

Quien viò vencer impossibles,
aquei moço que abrasò
por castigar su flaqueza,
su braço con tal valor.

Afsi selvas à mis ojos
vn bello sol ofreciò,
y de averle visto selvas
mi dicha alabando estoy.

Embidieme la fortuna,
si oriente soy de tal sol,
siendo diamante que alcanço
à sus rayos mas valor.

Mas ay que tal favor,
en sueños la fortuna me ofreciò;
porque nunca mi amor
fino es durmiendo a questo mereciò.

NOCHE QVINTA.

A Cabada la musica, ocupò
la hermosa Filis el asiento
que avia yà dexado defen-
baraçado, bien temerosa de salir
del empeño, tan ayrosa como
las demás que avian defengaña-
do; y congoxada desto cubriendo
el hermoso rostro de nuevas, y
Alexandrinas rosas, que el ahogo le
causaron, dixo: Cierito, hermosas
damas, y discretos Cavalleros, y

tu divina Lisis, a cuyo gobierno es-
tamos todas sugetas, que cediera
de voluntad a qualquiera que me
quisiera sacar deste empeño en que
estoy puesta, este lugar: Porque
aver de defengañar en tiempo que
se vsan tantos engaños, que yà to-
dos viven dellos, de qualquiera es-
tado, ò calidad que sean; y afsi du-
do, que ni las mugeres son engaña-
das, que vna cosa es dexarse enga-

ñar, y otrás es engañarse; ni los hombres deven de tener la culpa de todo lo que se les imputa, y así las mugeres vemos oy, sin los casos passados, ver en los presentes llorar, y gemir tantas burladas. Que mejor defengaño avemos menester (mas dirán lo que dixo vna vez, vna bachillera, oyendo contar vna desdicha q̄ avia sucedido a vna dama casada con su marido:) Bueno fuera que por vna nave que se anega, no navegassen las demás: Y cierto que aunque se dize, q̄ el libre alvedrio no está sugeto a las estrellas; pues aprovechándonos de la razon las podemos vencer: que soy de parecer, que si nacimos sugetos a desdichas, es imposible apartarnos dellas. Bien se advierte en Camila, y Rofeleta, q̄ ni la vna, con su prudencia, pudo librase aunque callò, ni la otra con su arrojamiento, hablando se librò tampoco; y aunque miro en Carlos, y Don Pedro dos animos bien crueles, no me puedo persuadir a q̄ todos los hombres seá vna misma manera, pues juzgo, que ni los hombres deven ser culpados en todo, ni las mugeres tampoco: Ellos nacieron con libertad de hombres, y ellas con recato de mugeres, y así por lo que deven ser mas culpadas, dexando a parte, que son mas desgraciadas, es, que como son las q̄ pierden mas, luze en ellas mas el delito; y por esto como los hombres se juzgan los mas ofendidos, quexanse, y condenanlas, en todo, y así están oy mas abatidas que nunca, porque deven de ser los excessos

mayores; de mas desto, como los hombres con el imperio que naturaleza les otorgò en serlo, temerosos, quizá de que las mugeres no se les quiten; pues no ay duda, que si no se dieran tanto a la compostura, afeminandose mas que naturaleza las afeminò; y como en lugar de aplicarse a jugar las armas, y a estudiar las ciencias, estudiá en criar el cabello, y matigar el rostro, ya pudiera ser que passará en todo a los hombres: Luego el culparlas de faciles, y de poco valor, y menos provecho, es porque no se les alcen con la potestad, y así en empeçando a tener discurso las niñas, ponelas a labrar, y hazer baynillas, y si las enseñan a leer, es por milagro; que ay padre que tiene por caso de menos valer, que sepan leer, y escribir sus hijas, dando por causa, que de saberlo, son malas, como sino huviera muchas mas que no lo saben, y lo son, y esta es natural embidia, y temor que tienen de los que han de passar en todo. Bueno fuera, que si vna muger ciñera espada, sufriera que la agraviara vn hombre en ninguna ocasion; harta gracia fuera que si vna muger professara las letras, no se opusiera con los hombres tanto a las dudas, como a los puestos, segun esto, temor es el abatirlas, y obligarlas a que exerçan las cosas caseras. Esto prueba bien el valor de las hermanas del Emperador Carlos Quinto, que no quierro asir de las passadas, sino de las presentes; pues el entendimiento de la Serenissima Infanta, Doña

Isabel Clara Eugenia de Austria, pues con ser el Catolico Rey Don Felipe Segundo de tanto saber, que adquiriò el nombre de Prudente, no hazia, ni intentava faccion ninguna, que no tomasse consejo con ella, en tanto estimava el entendimiento de su hija, pues en el gobierno de Flandes bien mostrò quan grande era su saber, y valor: Pues la Excelentissima Condesa de Lermos, Camarera Mayor de la Serenissima Reyna Margarita, y Aya de la Emperatriz de Alemania, abuela del Excelentissimo Conde de Lermos, que oy vive, y viva muchos años, que fue de tan excelentissimo entendimiento, demàs de aver estudiado la lengua Latina, que no avia Letrado que la igualasse. La señora Doña Eugenia de Contreras, Religiosa en el Convento de Santa Juana de la Cruz; hablava la lengua Latina, y tenia tanta promptitud en la Gramatica, y Teologia, por averla estudiado, que admirava a los mas eloquentes en ella: Pues si todas estas, y otras muchas de que oy goza el mundo, excelentes en Prosa, y Verso, como se vè en la señora Doña Maria Varaona, Religiosa en el Convento de la Concepcion Geronima, y la señora Doña Ana Caro, natural de Sevilla; ya Madrid ha visto, y hecho experiencia de su entendimiento, y excelentissimos Versos, pues los Teatros la han hecho estimada, y los grandes entendimientos le han dado laureles, y vitores, rotulando su nombre por

las calles, y no ferà justo olvidar a la señora Doña Isabel de Ribadea, neyra, dama de mi señora la Condesa de Galvez, tan excelente, y unica en hazer versos, que de justicia merece el aplauso entre las passadas, y presentes, pues escribe con tanto acierto, que arrebatava, no solo a las mugeres, mas a los hombres, el laurel de la frente, y otras muchas que no nombro por no ser prolixa: Puedese creer, que si como a estas que estudiaron les concediò el Cielo tan divinos entendimientos, si todas hizieran lo mismo, vnas mas, y otras menos, todas supieran, y fueran famosas. De manera, que no voy fuera de camino, en que los hombres de temor, y embidia las privan de las letras, y las armas, como hazen los Moros a los Christianos que han de servir donde ay mugeres, que los hazen eunucos, por estàr seguros dellos. Ha damas hermosas, y que os pudiera dezir, si supiera, que como soy oïda, no avia de ser mormurada! Ea, dexemos las galas, rosas, y rizos, y bolvamos por nosotras; vnas con el entendimiento, y otras con las armas, y ferà el mejor defengaño para las que oy son, y las que han de venir, y supuesto que he dicho lo que siento, y ya que estoy en este assiento, he de defengañar; y es fuerça que cumpliendo el mandamiento de la divina Lisis, ha de ser mi defengaño contra los Cavalleros, por si algun dia los huviere menester, les pido perdon, y licencia.

Con gran gusto escucharon todos

doſ a la hermosa Filis, que despues **didlo lo que tan juſtamente pedia,**
de averla dado las gracias, y conce- **empeço aſſi:**

Si mis penas pudieran ſer medidas,
No fueren penas, no que glorias fueran;
Con mas facilidad contar pudieran
Las aves que en el ayre eſtàn perdidas.

Las eſtrellas à quenta reduzidas,
Mas cierto que ellas, numero tuvieran
Por impoſſibles, faciles ſe vician
Contadas las arenas eſparcidas.

Sin ti dulce, y auſente, dueño mio,
La noche paſſo, deſeando el dia,
Y en viendo el dia, por la noche lloro.

Lagrimas donde eſtàs, con guſto embiò,
Gloria ſiento por ti en la pena mia,
Cierta ſeñal, que lo que pierdo adoro,

Eſpero, deſeſpero, gimo, y lloro,
Que ſin ti, dueño amado,
Me cañſa el rio, y en triſteze el prado.

Quando llegarà el dia
En que te vuelva à ver, ſeñora mia.

Que haſta que yo te vea,
No ay guſto para mi, que guſto, ſea.

Aſſi cantava para divertir ſu pena, ſiendo tan grande como quien ſabe q̄es auſencia, D. Martin, Cavallero moço, noble, galan, y bien entendido, natural de la Imperial Ciudad de Toledo, a quien deſeos de acrecentamientos de honor avia auſentado de ſu partida, y apertado de vna gallarda, y hermosa dama, prima ſuya, a quien amava para eſpoſa. Navegando la buelta de Eſpaña, hõrro de valerosos hechos, y acrecõtado de grandes ſervicios en Flandes, donde avia ſervido con valeroſo animo, y heroyco valor a ſu

Catolico Rey, y de quien eſperava; llegando a la Corte, honroſos premios, ligãdo de camino el libre cuello al yugo del matrimonio, laço amable, y ſuave, para quien le toma con guſto, como el eſperava gozar cõ ſu hermosa prima, juzgãdo el camino eterno, por impedirle llegar a gozar, y poſſeer ſus amorosos brazos, pareciẽdole el proſpero viento, cõ q̄ la nave bolava, pereçoſa calma: quãdo la fortuna (cruel enemiga del deſcanſo, que jamàs haze coſa a guſto del deſeo) aviendo cerrado la noche obſcura tenebroſa, y rebuelta

de espantosos truenos, y temerofes relampagos, con furiosa lluvia, trocandose el viento apacible, en rigurosa tormenta. Los Marineros temerofos de perderse, queriendo amaynar las velas, porque la nave no diese contra alguna peña, y se hiziesse pedaços, mas no les fue posible, antes empegò a correr, sin orden, ni camino por donde el furioso viento la quiso llevar, con tanta pena de todos, que viendo no tenían otro remedio, puestos de rodillas, llamando a Dios, que tuviesse misericordia de las almas, ya que los cuerpos se perdiessen, y así poniendo el timon la via de Cerdeña, pareciendoles no madrarian muy mal si llegassen a ella, perdidas las esparanças de quedar con las vidas. Con grandes llantos se encomendava cada vno al Santo con quien mas devocion tenía; y es lo cierto, que sino fuera por el valor con que Don Martin los animava, el mismo miedo los acabara: Mas era Toledano, cuyos pechos no le conocen, y así haziendo la misma cara al bien, que al mal, poniendo las esparanças en Dios, esperavan con valor lo que sucediesse. Tres dias fueron desta suerte, sin darles lugar la obscuridad, y el ir engolfados en alta mar a conocer por donde iban; è ya que esto les assegurava el temor de hazerse pedaços la nave, no lo hazia de dár en tierra de Moros, quando al quarto dia descubrieron tierra, poco antes de anohecer, mas fue para acrecentarles el temor, porque

eran vnas montañas tan altas, que antes de sucederles el mal, ya le tenían previsto, y procurando amaynar, fue imposible, que la triste nave venia tan furiosa, que antes que tuviesse lugar de hazer lo q̄ intentavan, diò contra las peñas, y se hizo pedaços, que viendose perdidos, acudiò cada vno como pudo a salvar la vida, y aun essa tenían por imposible el libralla: Don Martin, que siguiendo el exercicio de las armas, no era esta la primera fortuna en que se avia visto; animosamente asíò vna tabla, haziendo cada vno lo mismo, con cuyo amparo, y el del Cielo pudieron, a pesar de las furiosas olas, tomar tierra, en la parte donde mas comodamente pudieron, que como en ella se vieron, aunque conociendo su manifiesto peligro, por llegar las olas a batir en las mismas peñas por no estar furiosas, y fuera de madre. Dieron gracias a Dios por las mercedes que les avia hecho, y buscando, como pudiesse, donde ampararse, Don Martin, y otro Cavallero passagero, que los demás enderazaron àzia otras partes, se acogieron a vn hueco, ò quiebra que en la peña avia: donde por estar bien concabo, y cabado no llegava el agua. Estuvierò hasta la mañana, que aviendose fofegado el ayre, y quitadose al Cielo el ceño, salió el Sol, y diò lugar, a que las olas, retiradas a su zeruleo alvergue, descubriò vna arenosa playa; de ancho hasta dos varas, de modo que podia muy bien andar al rededor

de las peñas: que viendo esto Don Martín, y su compañero, temerosos de que no les hallasse allí la venidera noche, y deseosos de saber donde estaban; y menesterosos de sustento, por no aver comido desde la mañana del día passado. Salieron de aquel peligroso alvergue, y caminando por aquella vereda, iban buscando, si hallavan alguna parte por donde subir a lo alto, con harto cuydado de que no fuesse tierra de Moros, donde perdiessen la libertad que el Cielo les avia concedido, aunque les parecia mas civil muerte acabar la vida a manos de la hambre (no sé que dulçura tiene esta triste vida, que aunque sea con trabajos, y desdichas la apetecemos.) Davales a Don Martín, y su camarada mas guerra la hambre, que el esperar verse cautivos: y sentian mas la perdida de los mantenimientos, que con la nave se avian perdido, que los vestidos, y ropa que se avian anegado con ella: si bien a Don Martín no le hazian falta los dineros, porque en vn bolsillo que traía en la fattriquera avia escapado buena cantidad de doblones, y vna cadena. Mas de medio día sería passado, quando caminando orilla de la mar, descubrieron vna mal usada senda, que lo alto de la peña subía, y entrando por ella, no con poca fatiga, y a cosa de las quatro de la tarde llegaron a lo alto, desde donde descubrieron la tierra llana, y deleytosa, muchas arboledas muy frescas, y en ellas huertas de agradable villa, y muchas tier-

ras sembradas, y en ellas, ò cerca algunas hermosas caserías, mas no vieron ninguna gente, con que no pudieron apelar de su pensamiento, de que si estaban entre enemigos, mas al fin, fugetos a lo que la fortuna quisiese hazer dellos, como hallassen que comer. Siguieron su camino, y a poco mas de vna legua, ya q̄ quería anochecer, descubrieron vn grande, y hermoso Castillo, y vieron delante del andarse paseando vn Cavallero, que en su talle, vestido, y buena presencia parecia serlo. Tenia sobre vn bestido costoso, y rico, vn gavan de terciopelo carmesí, con muchos passamanos de oro, y al vso Español, de que no se alegraron poco nuestros moçados, y hambrientos caminantes, dando mil gracias a Dios, de que ya que con tanto trabajo los avia guiado hasta allí, fuesse tierra de Christianos porque hasta aquel punto avian temido lo contrario, è yendo se para el Cavallero, que se parò a esperarlos, juzgando en verlos venir así, lo que podia ser, que como llegassen mas cerca pudieron ver que era vn hombre de hasta quarenta años, y algo moreno, mas de hermoso rostro, el vigote, y cabello negro, y algo encrespado. Llegando, pues, mas cerca, con semblante severo, y alegre los saludò, con mucha cortesía, y prosiguiò, diciendo: No tengo necesidad, señores, de preguntaros, que ventura os ha traído aqui, que ya juzgo, en el modo que venis, a pie, y mal enjutos, parece, que aveis escapado de algu-

na derrotadamente, que en la tempestad passada se ha perdido, haziendose pedaços en estas peñas; y no ha sido pequeña merced del Cielo en aver escapado con las vidas, que yá otros muchos han parecido, sin aver podido tomar tierra. Así es, respondió Don Martin (despues de averle buelta las corteses saludes) y suplicoos, señor Cavallero, me hagais merced de dezirme, que tierra es esta, y si hallarèmos cerca algun lugar donde poder repararnos del trabajo passado, y del que nos fatiga, que es, no aver comido dos dias ha? Estais, señores, respondió el Cavallero, en la gran Canaria; si bien por donde la fortuna os la hizo tomar, es muy dificultoso el conocerla, y de aqui a la Ciudad ay dos leguas, y supuesto, que yá el día vâ a la vltima jornada, serâ imposible llegar a ella a tiempo que os podais acomodar de lo que os falta, y mas siendo forasteros, que es fuerça ignoréis el modo, y supuesto la necesidad que tenéis de sustento, y descanso, porque me pareceis en la lengua Española, y tener yo gran parte de esta dicha tierra, q̄ es de lo que mas me honro: os suplico, aceptando mi casa para descansar esta noche, y todo el tiempo que mas os diere gusto, que en todo podeis mandar como propia, è yo lo tendrè por muy gran favor, que despues yo irè con vosotros a la Ciudad, donde voy algunas vezes, y os podreis acomodar de lo que os faltare para vuestro viage. Agradecieron al noble

Cavallero, Don Martin, y su camarada con corteses razones, lo que les ofrecia, aceptando, por la necesidad que tenían, su piadoso ofrecimiento; y con esto todos tres, y algunos criados que avian salido del Castillo, se entraron en èl; y cerrando, y echando el puente, por ser yá tarde, y aquellos campos mal seguros de salteadores, y vandoleros, subieron a lo alto, è iban notando nuestros Eroses, que el Cavallero devia de ser muy principal, y rico, porque todas las salas estavan muy aliñadas de ricas colgaduras, y excelentes pinturas, y otras cosas curiosas, que dezian el valor del dueño, sin faltar mugeres, que acudieron a poner luzes, y vèr que se les mandava, tocante al regalo de los huéspedes que su señor tenia, porque salieron, llamando dos donzellas, y quatro esclavas blâcas herradas en los rostros, a quien el Cavallero dixo, que fuesen a su señora, y le dixessen, mandasse apercibir dos buenas camas para aquellos Cavalleros, juntas en vna quadra, y que se aderezasse presto la cena, porque necesitavan de comer, y descansar; y mientras esto se hazia, Don Martin, y el compañero, se quedaron con el Cavallero, contando de su viage, y del modo que avian llegado allí, juzgando, por lo que a las criadas avia dicho, dixessen a su señora, que el Cavallero era casado. Aderezada la cena, y puestas las mesas, ya que se querian sentar se les ofreciò a la vista dos cosas, de que quedaron bien admira-

rados, sin saber que les avia sucedido; y fue, que diziendoles el Cavallero, que se sentassen, y haziendo el lo mismo, sacò vna llave de la faltriquera, y dandola a vn criado, abrió con ella vna pequeña puerta que en la sala avia, por donde vieron salir, quando esperavan, ò que saliesen algunos perros de caza, ò otra cosa semejante; salió, como digo, vna muger al mismo tiempo que por la otra donde entravan, y salian las criadas otra, que la vista de qualquiera de ellas causò a Don Martin, y su compañero tan grande admiracion, que suspendidos, no se les acordò de lo que iban a hazer, ni atendieron, a que el Cavallero les dava priessa, que se sentassen. La muger, que por la pequeña puerta salió, parecia tener hasta veinte y seis años, tan hermosissima, con tan grande estremo, que juzgò Don Martin, con averlas visto muy lindas en Flandes, y España, que esta las excedia a todas, mas tan flaca, y sin color, que parecia mas muerta, que viva, ò que dava muestras de su cercana muerte. No traía sobre sus blanquissimas, y delicadas carnes vn saco de vna gerga muy basta, y este le servia de camisa; faldellin, y vestido ceñido con vn pedaço de foga. Los cabellos, que mas eran madejas de Arabia, que otra cosa, partidos en trencha, como se dize al estilo aldeano, y puestos detras de sus orejas, y sobre ellos arrojada vna toca de lino muy bulto: Traía en sus hermosas manos (que pare-

cian copos de blanca nieve) vna calavera: juzgò Don Martin, harto enternecido de verla destilar de sus hermosos ojos sartas de cristalinias perlas. Que si en aquel trage se descubrian tanto los quilates de su belleza, que en otro mas precioso fuera assombro del mundo; y como llegó cerca de la mesa, se entrò debaxo de ella. La otra, que por la otra puerta salió, era vna negra, tan tinta, que el azabache era blanco en su comparacion, y sobre esto tan fiera, que juzgò Don Martin, que sino era el demonio, que devia de ser retrato suyo; porque las narizes tan romas, que imitavan los perros bracos, que aora estàn tan validos, y la boca con tan grande ozico, y veços tan gruesos, que parecia boca de Leon, y lo demàs a esta proporcion. Pudo muy bien Don Martin notar su rostro, y costosos aderezos, en lo que tardò en llegar a la mesa, por venir delante della las dos donzellas con dos candeleros de plata en las manos, y en ellos dos bugias de cera encendidas. Traía la fiera, y abominable negra, vestida vna saya entera, con manga en punta, de vn raso de oro encarnado, tan resplandeciente, y rica, que vna Reyna no la podia tener mejor; collar de ombros, y cintura de resplandecientes diamantes; en su garganta, y muñecas, gruesas, y albilissimas perlas, como lo eran las arracadas, que colgavan de sus orejas; en la cabeça muchas flores, y piedras de valor, como lo eran las for-

tijas que traía en sus manos; que como llegó el Cavallero con alegre rostro, la tomó por la mano, y la hizo sentar a la mesa; diziendo: Seas bien venida, señora mia, y con esto se sentaron todos, la negra a su lado, y Don Martin, y su camarada enfrente, tan admirados, y divertidos en mirarla, que casi no se acordavan de comer, notando el Cavallero la suspension, mas no porque dexasse de regalar, y acariciar a su negra, y endemoniada dama, dandole los mejores bocados de su plato; y la desdichada belleza, que estava debaxo de la mesa, los huesos, y mendrugos, que aun para los perros no eran buenos, que como tan necesitada de sustento, los roía, como si fuera vno dellos. Acabada la cena, la negra se despidió de los Cavalleros, y de su amante, ò marido, que ellos no podian adivinar que fuesse, y se bolvió por donde avia venido, con la misma solemnidad de salir las donzellas con las luzes, y saliendo de debaxo de la mesa la maltratada hermosura, vn criado de los que asistían a servir, en la calavera que traía en las manos, le echaron agua, y bolviéndose a su estrecho alyergue, cerrò el criado la puerta con llave, y se la diò a su señor. Pues pasado esto, y los criados idos a cenar, viendo el Cavallero a sus huéspedes tan suspensos, pensando en las cosas que en aquella casa veían, sin atreverse a preguntar la causa, les habló desta suerte. Si bien, buenos amigos, el trabajo pasado en la mar os ne-

cessita mas de descanso, y reposo; que de oír suceßos: Veos tan admirados de lo que en esta casa veis, que estoy seguro, que no os pesará el oír el mio, y la causa de los extremos que veis, que los juzgareis encantamientos de los que se cuentan avia en la primera edad del mundo; y porque salgais de la admiración en que os veo, si gustais de saberla, con vuestra licencia, os contaré mi prodigiosa historia, asegurandoos, que sois los primeros a quien la he dicho, y han visto lo que en este Castillo passa, porque desde que me retiré a él de la Ciudad, no he consentido, que ninguno de mis deudos, ò amigos que me vienen a ver, pasé de la primera sala, ni mis criados se atreverán a contar a nadie lo que aqui passa, pena de que les costará la vida. Antes, amigo, y señor, respondió Don Martin, te suplico, que lo digas, y me saques de la confusión en que estoy, que no puedo tener con él descanso, que dizes, que mi fatiga ha menester mas gusto, y alivio, que oír la historia, que encierra tan prodigiosos misterios. Pues supuesto esto, os la diré, dixo el Cavallero, estadme atentos, que passa así.

Mi nombre es Don Iayme de Aragon, que este mismo fue el de mi padre, que fue natural de Barcelona en el Reyno de Cataluña, y de nobles Cavalleros della, como lo dize mi apellido: Tuvo mi padre, con otros Cavalleros de su patria, vnas competencias sobre el galanteo de vna dama, y fue de fuer-

te, que llegaron a sacar las espadas; donde mi padre, ò por mas valiente, ò mas bien afortunado, dexando vno de sus contrarios en el vltimo vale, se escapò en vn cavallo al Reyno de Valencia, y embarcandose alli, passò a Italia, donde estubo algunos años en la Ciudad de Napoles, sirviendo al Rey como valeroso Cavallero, donde llegó a ser Capitan: è ya cansado de andar fuera de su patria, bolviendose a ella, con tormenta derrotado, como vosotros en essas peñas, y salvando la vida por el mismo modo; estandose reparando en la Ciudad, del trabajo passado, viò a mi madre que aviendo muerto sus padres, la avian dexado niña, y rica. Finalmente, al cabo de dos años que la galantèò, vino a casarse con ella: Tuvieronme a mi solo por fruto de su matrimonio, que llegando debajo de su educacion, a la edad floreciente de diez y ocho años, era tan inclinado a las armas, que pedi a mis padres licencia para passar a Flandes a emplear algunos años en ellas, y ver tierras: Tuvieronlo por bien mis padres, porque no perdiesse el honor que por tan noble exercicio podia ganar, aunque con paternal sentimiento me acomodaron de lo necessario, y tomando su bendicion me embarquè para Flandes, q̄ llegado a ella, assentè mi plaza, y acudi a lo que era necessario en el exercicio que professava, y en esto gastè seis años; y pienso que estuvièra hasta aora, sino me huviera sucedido vn caso, el mas espantoso

que avreis oïdo. Tenia yo a esta sazón veinte y quatro años, el talle conforme a la floreciente edad, que tenia, las galas como de soldado, y las gracias, como de moço, acompañando a esto con el valor de la noble sangre que tengo; pues estando vn dia en el Cuerpo de Guardia, con otros camaradas, y amigos, llegó a mi vn hombre anciano, que al parecer professava ser escudero; y llamandome a parte, me dijo: que le oyesse vna palabra, y despidiendome de mis amigos me apartè con èl, que en viendome solo me puso en la mano vn papel, diziendo que le leyesse, y de palabra le dièssè la respuesta: leíle, y contenia estas razones.

Tu talle, Español, junto con las demàs gracias que te diò el Cielo, me fuerçan a desear hablarte, si te atreves a venir a mi casa con las condiciones que te dirà esse criado, no te pezarà de averme conocido. Dios te guarde. Viendo que el papel no dezia mas, y que se remitia a lo que dixesse el criado: Le preguntè el modo de poder obedecer, lo que en aquel papel se me mandava, y me respondió, que no avia que advertirme, mas de que si me resolvia a ir, que le aguardasse en dando las diez en aquel mismo puesto, que èl vendria por mi, y me llevaria. Yo, que con la juventud que tenia, y la facultad que professava, ayudado de mi noble sangre, no mirava en riesgos, ni temia peligros, pareciendome, que aunque fuesse a los abismos no a-

venturava nada, porque no cono-
cia la cara al temor. Aceptè la ida,
respondiendo, que le aguardaria.
Advertiome el sagaz mensagero,
que en este caso no avia riesgo nin-
guno, mas de el de comunicarlo
con nadie; y que assi me suplicava,
que ni a camarada, ni amigo no lo
dixesse, que importava a mi, y a la
persona que le embiava; assegurando
de todo, è yo sin sosiego, haf-
ta ver el fondo a vn caso con tan-
tas cautelas governado; apenas
vi, que serian las diez, quando hur-
tandome a mis camaradas, me fui
al señalado puesto, y dando el re-
lox las diez, llegò el en vn valiente
Cavallo, que por hazer la noche
entre clara, se dexava ver, y ba-
xando del; lo primero que hizo fue
vendarme los ojos con vn tafetan,
de que venia apercebido; de cuya
faccion, vnas vezes dudava fuesse
segura, y otras me reia de seme-
jantes transformaciones, y dizien-
do, que subiesse en el Cavallo, su-
biò, èl a las ancas, empegamos a
caminar pareciendome en el tiem-
po que caminamos, que avian si-
do dos millas, porque cruzando
calles, y callejuelas, como por ir
tapados los ojos, no podia ver
por donde iba; muchas vezes
crei que bolviamos a caminar lo
que ya aviamos caminado. En fin,
llegamos al cabo de mas de vna
hora, a vna casa, y entrando en el
çaguan, nos apeamos, y assi tapa-
dos los ojos, como estava, me
asìò de la mano, y me subió por

vnas escaleras: Yo òs confieso,
que en esta ocasion tuve algun te-
mor, y me pesò de averme puesto
en vna ocasion, que ella misma,
pues iba fundada en tanta cautela,
estava amenazando algun grave
peligro; mas considerando, que
ya no podia bolver atrás, y que no
era lo peor averme dexado mi da-
ga, y espada, y vna pistola peque-
ña que llevaba en la faltriquera, me
bolvi a cobrar, pues juzguè, que
teniendo con que defenderme, ya
que muriesse, podia matar. Aca-
bamos de subir, y en medio de vn
corredor, a lo que me pare-
ciò, por aver tentado las varan-
das: con vna llave que traia
abrió vna puerta, y trasladando al
entrar por ella mi mano, que en la
suya llevaba otra, que al parecer
del tacto, juzguè, mejor. Sin ha-
blar palabra bolvió a cerrar, y se fue
dexandome mas encantado que
antes; porque la dama a quien me
entregò, segun juzguè, por el ru-
gir de la seda, fue conmigo, cami-
nando otras tres salas, y en la vlti-
ma llegando a vn estrado, se sentò,
y me dixo, que me sentasse: anime-
me quando la oi hablar, y dixele:
Gracias a Dios, señora mia, que ya
sè que estoy en el Cielo, y no como
he creido que me llevavan a los in-
females abismos. Pues en que cono-
ceis, que aqui es el Cielo? Me re-
plicò. En la gloria que siento en el
alma, y en el olor, y dulçura deste
alvergue; y que aunque ciego, ò
yo foy de mal conocimiento, ò es-

ta mano que tengo en la mia, no puede ser sino de algun Angel. Ay Don Iayme, me bolvió a replicar, no juzgues a desemboltura esto que has visto, sino a fuerza de amor de que he querido muchas vezes librarme, y no he podido, aunque he procurado armarme de la honestidad, y de la calidad que tengo; mas tu gala, y bizarria han podido mas, y así han salido vendedoras, rindiendo todas quantas defensas he procurado poner a los pies de tu valor, con lo qual atropellando inconvenientes te he traído de la manera que ves; porque tanto a ti, como a mi nos importa vivir con este secreto, y recato; y así para conseguir este amoroso empleo, te ruego que no lo comuniques con ninguno; que si alguna cosa mala teneis los Españoles, es el no saber guardar secreto. Con esto me desvendò los ojos, aunque fue, como sino lo hiziera, porque todo estava a ecuras; yo agradeciendole tan soberanos favores, con el atrevimiento de estar solos, y sin luz: empecè a procurar por el tiento a conocer lo que la vista no podia, brujulando partes tan realzadas, que la juzguè en mi imaginacion por alguna deydad. Hasta dada la vna estuve con ella gozando regaladissimos favores, quantos la ocasion dava lugar; è ya que le pareció hora, aviendome dado vn bolsillo grande, y con buen bulto, pues estava tan lleno, que apenas se podia cerrar, se despidió de mi con amorosos sentimientos, y bolviendo,

me a vender los ojos, diciendo, que la noche siguiente no me descuydasse de estar en el mismo puesto, salió conmigo hasta la puerta por donde entrè, y entregandome al mismo que me avia traído, bolviendo a cerrar, baxamos donde estava el cavallo, y subièdo en èl, caminamos otro tanto tiempo como a la ida, hasta ponerme en el mismo puesto, de donde me avia sacado. Lleguè, en yendose el criado a mi posada, y hallando en ella ya acostados, y durmiendo a mis camaradas, me retirè a mi aposento, y haziendome millares de cruces, del suceso que por mi passava, abri el bolsillo, y avia en èl vna cadena, de peso de docientos escudos de oro, quatro sortijas de diamantes, y cien doblones de aquatro: quedè absorto, juzgando, que devia de ser muger poderosa, y dando gracias a mi buena dicha, passè la noche, dando otro dia cadena al cuello, y a las manos relumbrones, jugando largo, y gastando liberal con los amigos: Tanto, que ellos me dezian, que de que Indias avia venido, a quien satisfacia con dezir, que mi padre me lo avia embiado: yà la noche siguiente aguardádo en el puesto a mi guia que fue muy cierta a la misma hora a quien recibí cõ los, braços, y con darle lo que merecia su cuydado; y con esto de la misma suerte que la noche passada fuè recibido, y agasajado, y bien premiado mi trabajo, pues aquella noche me proveyò las saltriqueras de tantos doblones, que serà imposible el creerlo.

Desta fuerte pafse mas de vn mes, fin faltar noche ninguna mi guia, ni yo de gozar mi dama encantada, ni ella de colmarme de dineros, y preciosas joyas, que en tiempo que digo, largamente me diò, mas de feis mil ducados, con que yo me trataba como vn Principe, fin que en todo este tiempo que he dicho, permitiò dexarse ver, y si la importunava para ello, me respondia, que no nos convenia; porque verla, y perderla avia de ser vno: mas como las venturas fundadas en vicios, y deleytes perecederos, no pueden durar, cansòse la fortuna de mi dicha, y bolviò su rueda contra mi; y fue que como mis amigos, y camaradas me veian tan medrado, y poderoso; sospecharon mal, y empezaron a hablar peor, porque echando juizios, y haziendo discursos de donde podia tener yo tantas joyas y dineros, dieron en el mas infame, diciendo, que era ladron, ò saltador, y esto lo hablaban a mis espaldas, tan descaradamente, que vino a oídos de vn camarada mio, llamado Don Baltasar; y si bien en varias ocasiones avia buuelto por mi, y puestose a muchos riesgos, enfadado de verme en tan mala opinion, y quizà temiendo no fuese verdad lo que le dezia, me apartò vna tarde de todos, sacandome al campo, me dixo: Cierto, amigo Don Iayme, que ya es imposible el poderme escusar de deziros mi sentimiento, y para lo que aqui os he traído; y creedme, que el que reros bien lo ocasiona; porque sien-

to tanto el oír hablar mal de vos, como se haze entre todos los que os conocen, y os han visto, no tan sobrado como estais; y para dezirlo de vna vez. Sabed, que despues que os ven con tantos aumentos, y mejorado de galas, y joyas, como hazeis alarde de vnos dias a esta parte, entre los soldados, todos juntos, y cada vno de por si, haziendo còjeturas, y juizios, de dòde os puede venir; dizen publicamente, que lo teneis, de donde aun yo me averguenço de dezirlo; mas ya no es tiempo de que se os encubra. Dizen, en fin, que deveis de hurtar, y capear; y sacarlo, de que os ven faltar todas las noches, yo he tenido por bolver por vos, muchos enfados; mas es caso dificultoso, poder vno solo ser contra tantos: Ruegoos, por la amistad que entre los dos ay, que es mas que parentesco, me saqueis desta duda, para que yà que los demàs estèn engañados, no lo estè yo, que soy tambien hombre; y puede ser, que viendo que os guardais, y cautelais de mi, crea el mismo engaño que los demàs creen, y sabiendo yo lo contrario, pueda seguramente, bolver por vuestra perdida opinion, y sustentarla mia. Reime muy de voluntad, oyendo a Don Baltasar lo que me dezia, y quise disculparme, dando diferente color el caso, por no descubrir el secreto de mi amada prenda, que ya a este tiempo, con las cargas de las obligaciones que la tenia, aunque no la veia, la queria: Mas al fin, Don Baltasar apretò

tanto la dificultad, que pidiendole por la misma amistad que avia entre los dos me guardasse secreto, avifandole el riesgo que me corría, le conté todo lo que me avia sucedido, y sucedía. Admiróse, y tornóse a admirar Don Baltasar, y despues de aver dado, y tomado sobre el caso, me dixo: Es posible, amigo, que no hemos de saber esta casa donde es, siquiera para seguridad de vuestra vida? Dudoso lo hallo, dixe yo, por el modo con que me llevá. No muy dudoso, dixo Don Baltasar, pues se puede llevar vna esponja empapada en sangre, y esta acomodada en vn vaso, y haziendo cõ ella al entrar, ò salir vna señal en la puerta, serà facil otro dia que hallamos por ella la casa. En fin para abreviar, aquella misma noche llevè la esponja, y señalè la puerta, y otro dia Don Baltasar, è yo no dexamos en toda la Ciudad, calle, ni plaza, rincon, ni callejuela, que no buscamos, mas nunca tal señal pudimos descubrir, y bolviendonos ya a la posada, cansados, y admirados del caso, no a veinte casas della; en vnas muy principalissimas, vimos la señal de la sangre de que quedamos confusos, y atonitos, y juzgamos que el rodear, quando me llevavan tanto, era por deslumbrarme, para que juzgasse que era muy lexos: Informamonos cuyas eran las dichas casas, y supimos ser de vn Principe, y gran Potentado de aquel Reyno, ya muy viejo, y que solo tenia vna hija heredera de todo su Estado, y riqueza;

viuda, mas muy moça, por averla casado niña, de las mas bellas damas de aquel Pais. Miramoslo todo muy bien, y notamos, que aunque avia muchas rejas, y balcones, todas estavan con muy espesas zelosias por donde se podia ver, sin ser vistos. Recogimos a la posada hablando en el caso, y despues de aver cenado nos salimos, yo a mi puesto, para aguardar mi guia, y D. Baltasar a ocultarse en la misma casa, hasta satisfacerse; y al fin nos enteramos de todo, porque venido mi viejo norte, yo me fuy a mis obscuras glorias, y Don Baltasar aguardò, hasta que me viò entrar, con que se bolviò a la posada, è yo me quedè con mi dama, con la qual, haziendole nuevas caricias, y mostrandole mayores rendimientos, puede alcançar, aunque contra su voluntad, dexarse ver, afsi ella misma fue por la luz, y saliendo entre sus hermosos dedos con vna buxia de cera encendida: vi, no vna muger, sino vn serafin, y sentandose junto a mi me dixo: Yà me vès Don Iayme, quiera el Cielo no sea para perderme: Madama Lucrecia soy, Princesa de Erne; no diràs que no has alcançado conmigo quanto has querido, mira lo que hazes. Ay què desordenes haze la mocedad! Si yo tuviera en la memoria estas palabras, no huviera llegado al estado en que estoy, y le tuviera mayor; porque matando la luz, proliguiò, diziendo: Mi padre es muy viejo, no tiene otro heredero sino a mi, y

aun que me salen muchos casamie-
tos, ninguno acepto, ni aceptarè
hasta que el Cielo me de lugar pa-
ra hazerte mi esposo. Besèle las ma-
nos por las mercedes que me ha-
zia, y las que de nuevo me ofrecia;
y siendo hora, colmado de desdi-
chas, y dineros, y muy enamorado
de la linda Lucrecia, me vine a mi
posada, dando cuenta a Don Bal-
tazar de lo que me avia pasado, si
bien cuydadofo de que conoci en
Lucrecia quedar triste, y confusa.
Otro dia por la mañana me vesti
aun con mas gala, y cuydado, que
otras vezes, y con mi camarada sa-
limos a la calle como otras vezes,
y como moço malregido, y ena-
morado, empezamos a dar bueltas
por la calle, y à zia arriba, è y à aba-
xo, mirando a las ventanas, porque
yà los ojos no podian escusarse de
buscar la hermosura que avian vis-
to, y despues de comer gastamos
la tarde en lo mismo. Ay de mi! Y
como ya mi desdicha me estava
perseguiendo, y mis venturas, can-
sadas de acompañarme, me querian
dexar; porque no aviendo en todo
el dia visto, ni aun sombra de mu-
ger en aquella casa, llegamos a la
mia, y mientras Don Baltazar fue al
Cuerpo de Guardia, yo me quedè
a la puerta. Era poquito antes de
anochecer, como se dize, entre dos
luzes, quando llegò a mi vna mu-
ger, en trage Flamenco, con vna
mascarilla en el rostro; y me dixo
en lengua Española, que ya la saben
todos en aquel Reyno, por la co-
municacion que ay con Españoles:

Mal aconsejado moço, saltè de la
Ciudad al punto, mira que no te vè
menos que la vida, porque esta no-
che te han de matar, por mandado
de quien mas te quiere, que de las-
tima que te tengo a tu juventud, y
gallardia, con harto riesgo mio, te
aviso; y diziendo esto se fue como
el mismo viento, sin aguardar res-
puesta mia, ni yo poder seguirla,
porque al mismo punto llegò Don
Baltazar con otros amigos que po-
savan con nosotros; y si os he de de-
zir la verdad, aunque no vinieran,
no la pudiera seguir, segun corta-
do, y desmayado me dexaron sus
palabras, si bien me colegi que fue-
se mi amada señora el juez que me
condenava a tan precisa, y cercana
muerte; con todo esso, como llega-
ron los amigos, me cobrè algo, y
despues de aver cenado apartè a
Don Baltazar, y le contè lo que me
avia pasado, que echando mil juì-
zios, vnas vezes temiendo, y otras
cò el valor que requerian tales ca-
sos, estuvimos hasta los tres quar-
tos de las diez, que yà cansado de
pensar que seria, con la sobervia
que mi valor me dava, dixe: Las
diez daràn; vamos amigo, y venga
el mundo, que aunque me cueste
la vida, no dexarè la empresa co-
mençada, salimos, lleguè al puesto,
dieron las diez, y no vino el que es-
perava; aguardè hasta las onze,
y viendo que no venia, dixe a Don
Baltazar: Puede ser, que si aca-
so os han visto no lleguen por esso.
Apartaos, y encubrios en esta
callejuela, veamos si es esta la oca-
sion.